

September 2002

Número 30: Decimoquinto Domingo después de Pentecostés - Decimonoveno Domingo después de Pentecostés

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2002) "Número 30: Decimoquinto Domingo después de Pentecostés - Decimonoveno Domingo después de Pentecostés," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2002 : No. 30 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2002/iss30/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 030 – Septiembre 2002

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Domingo 01.09.02 – Decimoquinto Domingo después de Pentecostés – J. Severino Croatto

Salmo 26:1-8; Jeremías 15:15-21; Romanos 12:9-21; **Mateo 16:21-28**

El texto del primer evangelio que toca en este domingo se compone de dos secciones, muy relacionadas entre sí: 16:21-23 y 24-26. La primera constituye el primer anuncio de la pasión, y la segunda señala las condiciones del seguimiento de Jesús. En un “cierre” doctrinal (vv.27-28), aparentemente desconectado, Jesús alude a su retorno en gloria para “juzgar” según las conductas, acontecimiento que es indicado como próximo.

Los anuncios de la pasión

Según la tradición sinóptica, *tres veces* anticipa Jesús su pasión y resurrección. Dado que tales predicciones aparecen en lugares redaccionales muy significativos –y en los tres sinópticos con la misma estructura– conviene hacer una tabla con los paralelos, y luego añadir un par de observaciones.

	Confesión de Pedro	Anun. I	Seguimiento	Transfigur.	Elías	Epiléptico	Anun. II	¿Quién es el mayor?	Otros	Anun. III	Zebedeo	Servir
M c	8:27-30	31-33	34-37 [38-9:1]]	9:2-8	9-13	14-29	30-32	33-37	10:32-34	35-40	41-45
Lc	9:18-21	22	23-25 [26-27]	28-36	—	37-43a	43b-45	46-48	18:31-33	—	22:24-27
M t	16:13-20	21-23	24-26 [27-28]	17:1-8	9-13	14-21	22-23 [24-26 tributo]	18:1-5	20:17-19	20-23	24-28

Ponemos primero a Mc por ser la base (parcial) de los otros dos, y dejamos a Mt en último lugar por el carácter redaccional que lo caracteriza (agrupa los discursos de Jesús en cinco “bloques”, tal vez para presentar una especie de “Pentateuco jesuánico”).

Observaciones

- 1) Es notable la permanencia de una “cadena” narrativa en los tres sinópticos, especialmente desde la confesión de Pedro hasta el II anuncio de la pasión-resurrección con su complemento sobre quién es el mayor. En cambio, el III anuncio está separado por una serie de episodios intermedios (8 en Mc, 67 en Lc!, 12 en Mt). Esto tiene que ver con el programa narrativo de cada autor.
- 2) Lc muestra dos omisiones significativas: la reflexión de Jesús sobre Elías (pues Lucas destaca que *Jesús* es el nuevo Elías, en especial en el cap. 7) y la petición de la madre de los hijos de Zebedeo. Además, Lucas traslada al contexto de la última cena el *logion* de Jesús sobre el servicio en la comunidad fraternal que él instituye. El dato es redaccionalmente significativo.
- 3) Mt inserta la escena del tributo del templo en 17:24-26, que no tiene paralelo en los otros evangelios.
- 4) Los tres sinópticos adosan al I anuncio de la pasión-resurrección un *logion* que no es esperado en ese lugar, pero que está conectado redaccionalmente, como vamos a ver.

El texto de este domingo (Mt 16:21-28)

Como se comprueba por el recuadro anterior, la lectura del evangelio de hoy transcribe el primer anuncio de la pasión-resurrección, hecho por el propio Jesús, junto con las exigencias de su seguimiento por discípulos voluntarios.

¿Nunca nos hemos preguntados por qué la tradición sinóptica ha colocado unánimemente *en este lugar redaccional* tales dichos de Jesús? En realidad, basta releer el episodio anterior para darnos cuenta del motivo. La confesión de Pedro señala a Jesús como *Mesías* (compárese con las otras cuatro posibilidades indicadas en el v.14, todas “proféticas”). Aquella era otra posibilidad, interesante e interesada por cierto. La esperanza mesiánica estaba instalada en la conciencia colectiva del pueblo judío en ese tiempo, y ya estaba claramente afirmada en el siglo II antes de nuestra era, como lo prueban tantos textos esenios de Qumrân. El problema era “¿quién?”.

Cuando escriben los autores de los evangelios, la mesianidad *pascual* de Jesús ya es un dato de la tradición. Jesús (nombre propio) es Cristo (título), como si fuera una confesión de fe: “Jesús *es* el Mesías esperado”. Pero esa no fue la manifestación de Jesús en su itinerario terrestre. La pregunta que él mismo hace a sus discípulos (“¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?) denota que su mesianidad no era evidente, ni mucho menos. A esta altura de la narración evangélica, Jesús es presentado más bien como profeta y como maestro. Su mesianidad es una especulación o, si se quiere, una cuestión hermenéutica, una deducción a partir de algo. Por eso, cuando Pedro la afirma, Jesús le señala que esa identidad le fue *revelada* por el Padre (v.17). Como si dijera: no es lo que se ve exteriormente sino algo que tiene que ser “dicho” desde la divinidad. ¿La razón? Mateo la señala en el último episodio de su evangelio: es el *Jesús resucitado* quien tiene “todo poder en el cielo y en la tierra” (28:18). Pero su itinerario terrestre es ocupado por otras tareas.

Por eso en 16:20, la frase que precede a la lectura de este domingo, Jesús cerraba el encuentro diciendo a sus discípulos “que no dijese a nadie que él era el Mesías”. Lo era pero no se veía; lo

era, pero era identificado sólo por revelación. ¿Por qué este “secreto mesiánico”, destacado en la triple tradición (cf. Mc 8:30 y Lc 9:21, “les conminó que a nadie dijeran...”)?

Mt 16:21-23

La respuesta está en el texto propuesto para este domingo. El inciso “desde entonces” que abre la perícopa de 16:21-23) quiere decir que, para entender la afirmación del v.20, hay que leer y entender este primer anuncio de la pasión-muerte-resurrección. La nueva identidad que Jesús hace valer, es la del Siervo sufriente y exaltado de Isaías 52:13-53:12. Por lo visto, a los discípulos no se les había ocurrido... Y menos a Pedro, contento con su acierto anterior. Por eso protesta a Jesús, en secreto (v.22). Muy buena era su intención (hubiera preferido un despliegue *mesiánico*) pero estaba despistado, como en la escena de la transfiguración, 17:4. Se lo aclara Jesús mismo, de tres maneras:

1. “¡Quítate de mi vista, Satanás!”. ¿Por qué llamarlo de esta manera? Mateo quiere relacionar este episodio con el de 4:1-11 (las tentaciones en el desierto). En ambos casos –la propuesta del diablo y la “negación” de Pedro, ¡la primera!– implican un desvío de la misión del Siervo sufriente, el camino *previo* a la exaltación y entronización mesiánica pascual. Estas conexiones son fundamentales para entender los evangelios.

2. “Tropiezo eres para mí” (sólo en Mt): El texto griego usa el término *skándalon*, que significa “trampa, lazo”, en la que uno es atrapado. Dicho de otra manera, la frase de Pedro, de haber sido consentida, equivaldría a una frustración en el proyecto de Jesús.

¿No nos sucede a veces que “no entendemos” los proyectos de otros porque nos parecen dificultosos y sacrificados? La abnegación y el sacrificio de personas entregadas a tareas de solidaridad, pueden suscitar la misma actitud de Pedro ante el anuncio de Jesús.

3. “Tus pensamientos no son los de Dios sino los de los humanos”. ¿El camino del triunfo y de los honores, o el del servicio por una causa realmente digna, aunque ligada al conflicto, al rechazo y la misma muerte?

Este diálogo entre Pedro y Jesús es omitido por Lucas, quien trata de “dejar bien” a los apóstoles, que para él son los “modelos” de la *ekklêsía* que describe en los Hechos.

Ahora podemos volver atrás, y prestar más atención al anuncio mismo de Jesús. No focaliza el problema en Galilea sino en Jerusalén. La desconfianza y falta de credibilidad de los nazaretanos, sus compatriotas (Mt 13:53-58), era una cuestión de *interpretación* de las prácticas de Jesús. Pero en Jerusalén están “los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas”, tres instancias de poder que *por algo* no podían aceptar el mensaje de Jesús. Los relatos mismos de este evangelio lo van diciendo. Los nazaretanos no podían “comprender” a Jesús, demasiado “vecino” para ser profeta para ellos. Las autoridades de Jerusalén, en cambio, no podían “aceptar” su mensaje y su fama. Y no se trata de los poderes políticos imperiales sino de los religioso-políticos internos. Nótese, por otra parte, que *no* están incluidos los fariseos.

Pues bien, Jesús debía “sufrir muchas cosas” de parte de aquellos poderes religiosos. El texto no dice “mucho” (*polú*), como si se tratara de intensidad, sino de “muchas cosas” (*pollá*). Pero es posible un plural de intensidad. Lo importante es que la perspectiva no es optimista para Jesús; con todo, no desvía el camino sino que está dispuesto a enfrentar los poderes que ya lo tienen fichado (ver 12:14).

Mt 16:24-26

A continuación –y por tanto en relación directa con el primer anuncio– Jesús pone las condiciones para seguirlo. La idea es, evidentemente, presentar a Jesús como paradigma de sus discípulos. Mateo refiere el dicho que sigue “a sus discípulos”, Marcos era más amplio (“la multitud junto con sus discípulos”), en tanto Lucas será plenamente universal: “a todos”. Mateo está más interesado en las relaciones “maestro-discípulos”, que comúnmente tienen un círculo limitado. Es interesante notar que Jesús no exige tomar *su* cruz (como lo hizo el Cireneo, o metafóricamente cualquiera después de él) sino *la de uno mismo*. ¿Por qué? Si uno lleva la cruz de otro, es un abnegado y solidario; pero si lleva la propia, es un responsable y perseverante. Jesús no pide ayuda sino que cada uno se comprometa tanto con su mensaje (“ir en pos de mí”), que llegue a ser rechazado y martirizado como él. Es una apelación a la responsabilidad total, hasta el extremo de lo posible. Y sin desfallecer (Lucas añade: “cada día”, y repite la exigencia de llevar la cruz en 14:27). De otra manera, él no sería paradigma ni modelo. Y los discípulos no serían como el maestro.

Son palabras terribles, si las reflexionamos correctamente.

El seguimiento de Jesús no es compulsivo ni obligatorio. Pero tiene que ser en serio. Movimientos como el de Jesús no pueden ser obligatorios, sino que son opcionales; por eso pueden ser exigentes. ¿Somos cristianos por nacimiento, por cultura, o por convicción? ¿Estamos insertados en el movimiento de Jesús, o pertenecemos a una religión que sólo recuerda uno de sus títulos (“crist-ianismo”)?

Mt 16:27-28

Se trata de un agregado de tono apocalíptico (parusía gloriosa y *próxima*, con los ángeles), inspirado en la tradición de Daniel 7:13-14 (ver también 1 Tesalonicenses 4:15). En Marcos y Mateo el tema de la venida del Hijo del hombre concluye el dicho de Jesús sobre quien se avergonzare de él, mientras que en Mateo (que omite ese dato, porque lo había insertado en 10:33) es el inicio de una afirmación sobre la retribución a cada uno “según su obra / conducta” (*katà tèn prâxin autoû*), frase casi textual del Salmo 61:13b LXX.

Las otras lecturas**Romanos 12:9-21**

Si el pasaje del evangelio da el tono de la reflexión –y por tanto de la predicación– para este domingo, las otras lecturas están relacionadas justamente por tocar aspectos del tema del evangelio. Dentro del Nuevo Testamento, el pasaje de Romanos 12:9-21 destaca aspectos de la praxis cristiana que se desprenden de aquella exigencia del “maestro”. El llenar los carismas “en la medida de nuestra fe” (v.6b) habla de aquella mayor o menor *intensidad* en el seguimiento de Jesús que comentamos anteriormente. La otra conexión con el texto evangélico es la doble referencia a la tribulación y a la persecución (vv.12 y 14). El final (“vence el mal con el bien”) es una propuesta difícil, sobre todo hoy día, pero que tiene que ver con el seguimiento de quien practicó esa máxima exigente. Cada uno puede tener ejemplos de haber obrado de esta manera, o no.

Salmo 26:1-8

Las dos lecturas del Antiguo Testamento (Jeremías 15:15-21 y Salmo 26:1-8) sólo rozan aspectos de la perícopa del evangelio. El canto del Salterio es directamente una oración de quien

camina (vv.1 y 3) en la verdad y no anda en malas compañías (vv.4-5). Se puede relacionar con la exigencia del modelo evangélico. Pero, como oración que es, debe surgir espontáneamente del testimonio de vida, para que no sea vacía.

Jeremías 15:15-21

El pasaje de Jeremías es el fragmento de una de sus “confesiones” (11:18-12:5; 15:10-21; 17:14-18; 18:18-23; 20:7-18). No es el término más feliz, pero así las ha denominado la tradición exegética. Como si fueran confesiones de la intimidad del profeta para con su Dios. El fragmento de la del cap. 15 destaca la adhesión de Jeremías a la palabra de Yavé (v.16) pero es también una oración del profeta perseguido (v.15), lo que se asocia al tema del evangelio. Por lo demás, el sufrimiento del profeta tiene que ver con su propia vocación de anunciador y testigo de la Palabra de Dios, quien no lo abandona sino que lo confirma con estas palabras: “contigo estoy yo, para librarte y salvarte” (v.20b).

Este pasaje del libro de Jeremías viene bien, en el marco temático de este domingo, para dos observaciones que conviene *predicar*:

1. Jeremías es la figura profética más afín con la vida de Jesús. Su predicación crítica, desenmascaradora (recordemos el sermón sobre el templo, cap. 7) y acusadora le valió la persecución, la cárcel, el desprecio y un “juicio de muerte” (cap. 26).
2. Este cap. 26 (crítica al templo, juicio, cárcel) nos da el “modelo” seguido por la tradición evangélica para relatar la pasión de Jesús. Una lectura atenta de este episodio de la vida de Jeremías hará saltar a la vista los múltiples paralelos con el relato evangélico.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 030 – Septiembre 2002**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Domingo 08.09.02 – Decimosexto Domingo después de Pentecostés – J. Severino Croatto**Salmo 119:33-40; Ezequiel 33:7-11; Romanos 13:8-14; **Mateo 18:15-20**

La fragmentación de los textos bíblicos operada por la selección litúrgica impide leer al menos un libro bíblico del comienzo al final. Perdemos el hilo conductor de los relatos, y deshacemos la obra misma, cuya armadura redaccional queda imperceptible, con la pérdida subsecuente de matices de sentido que serían invaluable para la reflexión o para la predicación.

El predicador, al menos, tiene que estar atento a estos cortes y tratar de reponer de alguna forma la continuidad del relato, sobre todo de los evangelios, que son *narrativos*.

En nuestro caso, el domingo pasado hemos visto la cadena narrativa de los tres anuncios de la pasión-muerte-resurrección de Jesús (ver el cuadro en la introducción). Cuando pasamos de la perícopa pasada (Mateo 16:21-28) a la de este domingo (18:15-20), y directamente al medio de las instrucciones de Jesús a la comunidad de hermanos, ya hemos perdido muchas cosas en este gran salto. Por ejemplo, con la lectura de este domingo ya hemos desatendido el segundo anuncio (17:22-23) y el domingo 29 habremos pasado por alto el tercero (20:17-19), al comenzar la lectura en 21:28. Tratemos, a pesar de este desmantelamiento, de retomar el hilo.

Entre el primer anuncio (16:21-23) y el segundo (17:22-23), la tradición sinóptica interpone cuatro relatos: la cláusula del seguimiento de Jesús (ya leída), la transfiguración, la venida de Elías (Lucas la omite por la razón que ya se señaló) y la curación del epiléptico. ¿Por qué la transfiguración, un relato de marcado tono *pascual*, está en ese lugar? Precisamente por eso. Un pronóstico como el de la pasión y muerte reclamaba un alivio para el lector. El relato de la transfiguración funciona en los evangelios como un *anticipo* de la gloria pascual.

Por otra parte, la presencia y desaparición de Moisés y Elías, en un escenario que nos transporta al Sinaí, sugiere la transferencia del título de profeta-maestro (Deuteronomio 18:15.18) de Moisés a Jesús, y del papel de profeta taumaturgo, de Elías a Jesús, como lo destacan los dos relatos que siguen, el que trata de esta figura (“Elías ya ha venido”, v.12) y el de la curación del epiléptico (Jesús es un profeta sanador, como el de antaño).

Es significativo, en este marco redaccional, la continuación del v.12: “Elías ha venido ya, pero no le han reconocido, sino que han hecho con él todo lo que han querido; así también el Hijo del hombre *tendrá que padecer* de parte de ellos”. Este dicho de Jesús, en el que se identifica con el *profeta* Elías, une los dos anuncios de la pasión-muerte-resurrección.

Mateo agrega (no así los otros dos evangelios sinópticos) la perícopa del tributo al templo pagado por Pedro en su nombre y en el de Jesús (17:24-27). La expresión “los reyes de la tierra” (v.25) parece referirse al Imperio romano, pero en ese caso, la conclusión de Jesús (“entonces, libres están los hijos”) no da sentido. Por tanto, “reyes de la tierra” no deben ser otros que las

autoridades religiosas, y el tributo, el que se pagaba al templo. En ese caso, Jesús está negando el esquema opresor de un tributo al templo tomado de los propios “hijos” o compatriotas por parte de quienes, al ser llamados “reyes de la tierra”, son vistos como dominadores. Jesús no quiere escandalizar y por eso paga, pero el dicho establece un antecedente más para el juicio y condena a Jesús. Eso explicaría la ubicación de este episodio a continuación del segundo anuncio de la pasión.

Hechas estas conexiones, podemos comentar el texto escogido para la liturgia (18:15-20).

Esta perícopa –tres, propiamente hablando– pertenece al cuarto discurso de Jesús según el esquema de Mateo (5-7 [propuestas éticas]; 10 [normas para los misioneros]; 13 [parábolas del reino]; 18; 23-25 [críticas a los escribas y fariseos, discurso escatológico, parábolas sobre el Juicio]).

Las normas de la corrección fraterna (vv.15-18) destacan la actitud de respeto, y no de difamación, por el hermano que peca. La instancia de la comunidad es importante, pero es la extrema. En las “reglas” de la Comunidad y de la Congregación de los esenios de Qumrán, se dan muchas prescripciones sobre el “juicio” comunitario de los miembros de esa Alianza. Indicio de que las regulaciones de la vida de este movimiento, igual que en el de Jesús, eran sentidas como útiles para la convivencia y para el progreso espiritual de los miembros adheridos.

La metáfora del atar y desatar en la tierra refrendado en el cielo (v.18), retoma una promesa dicha a Pedro en 16:19, e indica que las normas de convivencia fraterna inspiradas en el mismo Jesús tendrán un respaldo en el plano celestial. El *logion* de Jesús en este lugar no es tan extraño como parece.

Sea el tema de los dos o tres testigos para la corrección fraterna (v.16 = Deuteronomio 19:15), o el énfasis de la comunidad, justifican la inclusión de las palabras de Jesús sobre la oración comunitaria (vv.19-20). También aquí es interesante comparar con aquellas “reglas” de Qumrán, en las que se insiste en la comunidad de bienes, de juicio o consejo, y de *oración*. La oración comunitaria era una práctica cúllica en el templo (y en las sinagogas, fuera de Judea), pero tanto entre los esenios como en el movimiento de Jesús, es espontánea y en cualquier lugar. La promesa de Jesús, sin embargo, es totalmente teológica, y no una norma. En esa dirección señalará más tarde Lucas en los Hechos la comunidad de los primeros cristianos de Jerusalén para “la enseñanza de los apóstoles, la comunión (*koinônia*), la fracción del pan y las oraciones” (2:42).

No está de más señalar que estas pocas recomendaciones de Jesús no representan un código de leyes, sino instrucciones que tienen que ver con el amor y el respeto hacia los “hermanos” de la comunidad jesuánica.

Los otros textos

Romanos 13:8-14

El pasaje de Romanos trata, en relación con las recomendaciones de Jesús a su comunidad, de la preeminencia del amor (*agápê*) al prójimo, resumen de toda ley, única “deuda” entre hermanos (13:9), la ley en su plenitud (v.10b). Estas definiciones son notables, y pueden servir para guiones de predicación.

Ezequiel 33:7-11

El texto de Ezequiel 33:7-11 ilustra en los vv.7-9 el tema de la responsabilidad individual (también en 3:17-21), pero la conexión con la lectura del evangelio se da en la cuestión de la

advertencia al pecador sobre su pecado. Se convierta o no, el llamado a conversión que viene de Yavé *debe* ser transmitido por el profeta. De éste se trata, en realidad.

En la segunda parte (vv.10-11) Yavé dice, respecto de los desterrados, que no atribuyan su estado a la culpa antigua de sus padres (idea de la responsabilidad colectiva, que el texto quiere cambiar). En tal caso, como éstos ya no están, no habría manera de modificar nada, y no habría esperanza de vida (v.10b). Lo que le importa a Yavé es que el pecador pueda cambiar de conducta y vivir. Por eso la exhortación final: “convertíos, convertíos, de vuestra mala conducta; ¿por qué vais a morir?” (v.11). Se puede entender esta llamada en paralelo con las indicaciones de Jesús en su discurso a la comunidad de hermanos.

Salmo 119:33-40

Este tema final explica a su vez el uso del Salmo 119:33-40 (la quinta estrofa de las veintidós, como el número de las letras del alfabeto hebreo). La ley es un “camino” y una senda. La oración a Yavé es para pedirle que él mismo mantenga al suplicante piadoso en ese camino. Este fragmento del extenso himno sobre la ley puede cantarse al comienzo de las lecturas, o al final, como cierre en forma de plegaria.

Como se puede comprobar, todos los textos de esta liturgia tienen una buena circulación del sentido, y dejan espacio para la reflexión personal. Como conjunto, son un ejemplo de catequesis litúrgica.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 030 – Septiembre 2002**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Domingo 15.09.02 – Decimoséptimo Domingo después de Pentecostés – J. Severino Croatto****Salmo 103:1-13; Génesis 50:15-21; Romanos 14:1-12; Mateo 18:21-35**

El pasaje del evangelio continúa al del domingo precedente y está también sacado del discurso a la comunidad de hermanos (Mateo 18). Amonestar al hermano, insistir ante testigos o llevarlo a la comunidad (vv.15-17a), hasta excluir al renuente (v.17b), persigue el cambio en él. Pero el corazón humano esconde fácilmente el rencor por las ofensas. El “no te perdono” es escuchado con facilidad en nuestras vidas. La pregunta de Pedro en 18:21 tiene que ver tal vez –en la intención del evangelista– con lo que a él mismo le pasará según el relato de la pasión (26:69-75). “Llorar amargamente” (v.75) supondrá el arrepentimiento, y entonces estaría descontado el perdón de Jesús.

En nuestro pasaje, la pregunta genérica por “¿cuántas veces?”, se reduce después a “¿siete veces?”, pero no hay que pensar de mayor a menor, sino al revés, dado que el número *siete* es totalizador. Si es así, la respuesta de Jesús potencia por setenta (7 x 10) el número de veces: no *siete*, sino *setenta veces siete* (v.22). El número resultante, 490, es super-totalizador, y por eso es usado en varias tradiciones, como en el libro de los *Jubileos* (siglo II a. C.) o en Génesis 4 (Caín y Lamec). Si Caín podía ser vengado “dos veces siete” (= 14), Lamec debía serlo setenta y siete (= 7 x 10 + 7). Estas promesas no describen el auge de la violencia sino que expresan enfáticamente la *disuasión* respecto de la misma. En el caso del evangelio, el super-número indica que la capacidad de personar debe ser inagotable. ¿Utopía? ¿Modo exagerado de hablar? Más bien, lenguaje simbólico en código matemático para afirmar algo muy importante: *el perdonar no tiene límites*.

La parábola del siervo sin entrañas (Mateo 18:23-35) nos da un ejemplo imaginario de

la enseñanza sobre el perdón. La ironía, si no la iniquidad, está en que el perdonado no sabe perdonar. El perdonado por el rey magnánimo, no es capaz de perdonar a su prójimo. Aquel “tuvo compasión” (v.27). Éste castigó al compañero deudor. El que fue perdonado en una cantidad exorbitante (diez mil *talentos*, no se dice de qué), no quiso perdonar una exigua cantidad (cien *denarios*). Un talento equivalía a treinta y tres kilogramos, un denario era el salario de un día de trabajo en la época de Jesús, por tanto, una cantidad ínfima comparada con el talento. Aquellos cien denarios equivalían a 600.000 veces menos que los diez mil talentos. La exageración es intencional.

La afirmación final de Jesús (v.35) es una advertencia basada en la justicia. Pero cabe señalar que la idea de Jesús no es que perdonemos por miedo al castigo, sino “de corazón”. Dicho de otra manera, debemos perdonar por amor, porque el otro es el compañero, el hermano, el ser humano.

La enseñanza de esta parábola es molesta. En un mundo lleno de resentimientos, broncas, injusticias, despojo de unos por la corrupción de otros, de violencia en el cine y la televisión (violencia “docente”) tanto o más que en la calle (violencia práctica), nuestras relaciones sociales están cargadas de rencores, y se nos hace difícil perdonar. Podemos y debemos hacer justicia donde no la hay, pero también perdonar. Pensar que Jesús lo enseña en esta parábola, y lo practicará en su peor trance, es un estímulo para sus “discípulos”.

Las otras lecturas

Romanos 14:1-12

En las exhortaciones finales de la carta a los Romanos, Pablo insiste en 14:1-12 en que las relaciones mutuas en la comunidad deben ser reguladas por la caridad fraterna. El texto parece referirse a situaciones dispares y costumbres distintas que los hermanos traen de su modo de vida anterior. Los diferentes usos alimenticios suelen ser comunes –a veces identifican a un grupo, como la comida *kosher* para los judíos– y no siempre los aceptamos *en el otro*, aunque sí en nosotros mismos. Lo que menos debemos hacer, es abrir juicio ante Dios, ya que en ese caso debemos hablar de nosotros mismos (v.12). Interesante es la última frase: “nada hay *de suyo* impuro, a no ser *para el que juzga* que algo es impuro” (v.14).

Génesis 50:15-21

El tema tiene que ver con la propuesta de esta liturgia, centrada en el perdón. El ejemplo de José es sugestivo: no sólo perdona, sino que también “interpreta” lo sucedido desde su resultado, que fue para bien de todos. La misma actitud de sus hermanos, que piden perdón porque reconocen que le habían hecho un daño (v.15b), indica cómo se desencadena un proceso de perdón. José no parece haber guardado tal rencor, pero el pedido de perdón lo explicita, y da seguridad a sus hermanos. La comunidad fraterna queda así rehecha, más acá de todos los otros éxitos que tanto José como sus hermanos habían logrado en todo lo que les ocurrió. Al final, son las relaciones humanas las que se fortifican con el gesto que la lectura nos muestra.

Salmo 103:1-13

¡Es un texto maravilloso! Es para leerlo al final, como meditación y relax. El gran modelo es Yavé, “el que todas tus culpas perdona” (v.3). Porque tiene amor y ternura, como sigue diciendo el himno. Predomina en el salmo el tema del amor de Yavé (*jésed*), un atributo esencial en las relaciones salvíficas y de alianza, celebrado en toda la Biblia. Conviene leer o cantar todo el salmo.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 030 – Septiembre 2002**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Domingo 22.09.02 – Decimoctavo Domingo después de Pentecostés – J. Severino Croatto**Salmo 145:1-8; Jonás 3:10-4:11; Filipenses 1:21-30; **Mateo 20:1-16****Mateo 20:1-16**

Los dos domingos anteriores nos habíamos ocupado de las enseñanzas de Jesús en su sermón a la comunidad (cap. 18 de Mateo).. En el cap. 19 se retoma la parte narrativa (caps. 19-22), con dos instrucciones, sobre el matrimonio y sobre las riquezas. Al terminar el *logion* sobre la recompensa al desprendimiento (19:27-29), Jesús decía aquel célebre aforismo: “muchos primeros serán últimos y muchos últimos, primeros” (v.30).

Ahora bien, como nuestro relato de hoy empieza con “pues” (*gár*, en griego), es evidente que el redactor quiere relacionarlo con lo anterior, en especial con el dicho de Jesús. De hecho, Jesús lo repetirá al final de la parábola (v.16) y lo insinúa en la reflexión del v.8b: “empezando por lo últimos hasta los primeros”. La parábola establece una paradoja aparente, la no-relación constante entre trabajo y salario, pero salva y pone de manifiesto dos valores esenciales: el de la justicia (se paga lo prometido, v.13) y el de la generosidad (se puede dar *más* de lo que correspondería, v.15). Si es menos, es injusticia.

Lo que también resulta del texto, es que todos guardamos en nuestro interior tendencias negativas que afloran cuando un “hecho” las hace emerger. La queja de los primeros obreros no habría sido expresada de haber sido los únicos trabajadores de aquel día. Habrían salido *contentos* con la paga contratada. Habrían llenado su jornada y aportado algo para la familia. Pero la intención de la parábola es precisamente mostrar por qué y cuándo nace el rencor y la rebeldía. En este caso, no es por una injusticia de parte del dueño de la viña, sino por su generosidad *a los otros*. Normalmente, y de haber motivaciones personales, esto sería favoritismo, pero siempre queda a salvo la justicia. Tal vez lo difícil es esa relación equilibrada entre justicia y generosidad, como también entre justicia y perdón. Cuando se oponen estos pares de cosas (generosidad sin justicia, perdón sin justicia, justicia sin perdón) se perpetúa el conflicto; cuando se unen, cesa.

Para entender mejor la parábola, hay que tener en cuenta que el trabajo “de sol a sol” suponía que el día laborable tenía doce horas, que eran divididas generalmente de tres en tres. Pongamos que de 6 a 18hs. Los primeros jornaleros fueron contratados a las 6 de la mañana, y los últimos, a las 5 de la tarde, la undécima hora. Por eso a ellos les dice el dueño de la viña: “¿Por qué estáis aquí *todo el día* parados?”.

En este caso cabe otra observación. La *generosidad* del propietario no debe medirse sólo en términos de justicia, y en comparación con los de la primera hora (las 6 de la mañana), según la queja de estos mismos (v.12). También hay que considerar las necesidades de los que no habían

conseguido trabajo hasta última hora. La generosidad, por tanto, resulta ser también *consideración* hacia los últimos. En definitiva, *todos* pudieron llevar a sus casas un jornal que les permitiría satisfacer sus mínimas necesidades. Eso también es justicia objetiva, que no se ve mucho ni poco en nuestra sociedad calculadora y egoísta.

Las otras lecturas

Filipenses 1:21-30

Este texto –de por sí muy rico en espiritualidad– no viene muy al caso como complemento del evangelio. Puede haber sido sugerido por los términos “ganancia” y “trabajo” del inicio (vv.21.22), pero no conviene hacer *alegoresis* sobre un texto ya simbólico y cargado de metáforas. Es hacerle perder su propio sentido.

Jonás 3:10-4:11

El librito de Jonás es una joya literaria y teológica. No es propiamente un libro profético sino una ficción narrativa que propone una enseñanza muy profunda, que tiene que ver con aquello de que “los últimos serán los primeros”. Un israelita no podía imaginar siquiera que su Dios, Yavé, pudiera tener compasión de una ciudad gentil, paradigma, junto con Babilonia, de toda ciudad enemiga y opresora (léase la profecía de Nahúm, a poca distancia de nuestro texto, titulada “Oráculo sobre Nínive”). Lo que la narración supone, y que está en otros textos, es que los ninivitas se convirtieron al escuchar la palabra de Yavé (Jonás 3:10). Véase, en el mismo evangelio de Mateo, 12:41. El profeta, en cambio, no es aceptado en su propia patria.

Pero la asociación principal del pasaje de Jonás con el de Mateo, está en 4:2. Tal vez con un dejo de ironía, Jonás reconoce casi con pena que Yavé es “clemente y misericordioso..., y rico en amor...”. Es una manera de “lamentarse” de que, siendo tal, haya podido tener piedad *de Nínive*. En el fondo, es la queja por la *generosidad* de Yavé, la misma de los obreros de la primera hora en la parábola evangélica.

Salmo 145:1-8

La conexión de esta cita con la propuesta litúrgica de hoy está en el último versículo: “Clemente y compasivo es Yavé, tardo a la cólera y *rico en amor*” (v.8). Si se lee todo el himno, se verá que es una celebración de la acción divina en la historia (nótese el léxico de “obras / maravillas / hazañas / portentos / proezas”). “Ricos en amor” podemos ser también nosotros, y también podemos entender al que lo es, aunque no nos guste por interés personal.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 030 – Septiembre 2002**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET****7Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Domingo 29.09.02 – Decimonoveno Domingo después de Pentecostés – J. Severino Croatto****Salmo 25:1-9; Ezequiel 18:1-4, 25-32; Filipenses 2:1-13; Mateo 21:28-32****Mateo 21:28-32**

Este pasaje es propio del evangelio de Mateo y se sitúa después de la recepción hecha a Jesús por la gente cerca de Jerusalén (21:1-9). En ese episodio, las dos citas del Antiguo Testamento (Zacarías 9:9 y Salmo 118:25-26) conectan a Jesús con la dinastía davídica, y por tanto con las esperanzas mesiánicas. En la siguiente escena (21:10-17), una vez en la ciudad y entrado en el templo, Jesús echa a los ladrones y “limpia” la casa de Dios. La ciudad estaba conmovida y la gente se preguntaba quién era ese personaje, y se contestaba: “Éste es el *profeta* Jesús, de Nazaret de Galilea”. Nadie esperaba un Mesías de Galilea. Pero el *profeta* de Nazaret era más conocido (ver 13:53-58 y 16:14). Y en el templo mismo cura a enfermos (v.14), como Elías o Eliseo. Además, la cita del v.16 es de un libro profético. Con todo, el grito de los niños en el templo (v.15) –una escena teatral y digna de verse con la imaginación– continúa en la instancia “davídica” como en la recepción anterior. Jesús, el profeta taumaturgo, pero también crítico, es el de toda su vida, pero como “hijo de David” empieza a ser *dicho* por la gente, con la aceptación del intérprete que es el autor mismo del texto (v.4).

Esta escena en el templo es apenas resumida por Lucas (19:45-46), quien prefiere ampliar el caso de la enseñanza en el templo (Lucas 19:47-48 + 20:1; en Mateo sólo 21:23). La controversia por la autoridad, mientras enseñaba en el templo sin pedir permiso a nadie (vv.23-28) es atrasada por Mateo, y con este episodio engancha el texto de este domingo, la parábola de los dos hijos (vv.28-33). Cabe notar solamente –para terminar de construir el marco redaccional– que esta parábola y las dos siguientes, la de los viñadores homicidas (vv.33-46) y la del banquete nupcial (22:1-14) no fueron explicadas a los discípulos sino a los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo, introducidos en 21:23. Saduceos y fariseos actuarán a partir de 22:15.23.34.41, y en 23:1 Jesús empieza a hablar, esta vez sí, a la gente y a sus discípulos, pero *acerca de los escribas y fariseos*.

Por tanto, debemos leer la parábola de hoy (21:28-32) como dicha, no a los discípulos sino a las autoridades religiosas del templo. Sólo así se puede entender. Jesús, usando una exquisita retórica, les hace tragar el anzuelo sin que se den cuenta. Como “conocedores de Dios”, les está señalando que representan el mal hijo que dice hacer la voluntad del padre (= Dios) pero que después no la cumple. Es tan claro el ejemplo propuesto, que ellos mismos contestan que quien hizo la voluntad de Dios era el hijo que primero dijo que no pero luego hizo lo mandado por su padre (v.31).

¿Cuál es entonces la aplicación a los sumos sacerdotes y ancianos? En el mismo orden que en la parábola, los publicanos y las ramera son quienes “hacen la voluntad del padre”, porque aceptan

el mensaje de Jesús, aunque en su vida anterior parecían decirle que “no” a Dios. Por eso entrarán primero en el Reino de Dios (v.31). Ellos creyeron en Juan, cuando vino “en camino de justicia” (v.32). No así los interlocutores de Jesús, como subraya el final del relato (vv.32b-33). Menos iban a aceptar la enseñanza de Jesús, si a Juan no le creyeron. No hay un relato sobre esto último (en 4:7-12 son los *fariseos* y los *saduceos* los que escuchan la invectiva de Juan, con el reclamo de un “digno fruto de conversión”).

Conviene ahora seguir leyendo. La parábola de los viñadores homicidas está dirigida a aquellas mismas autoridades del templo, y *en* el templo. El episodio del “hijo” del dueño de la viña (vv.37-39) es una indicación de lo que le pasará a Jesús mismo en pocos días. También en este caso, Jesús presenta la situación de una forma tan sutil, que sus interlocutores no pueden sino concluir: “A esos miserables les dará una muerte miserable y arrendará la viña *a otros labradores...*”. Esto se confirma con la cita de Isaías sobre la piedra desechada (v.42), cita que termina nuevamente con el anuncio de un traspaso del Reino de Dios (“se os quitará...”, v.43).

Y ahora tenemos el final, que cierra todas las escenas con gran coherencia, aunque incluyendo esta vez a los fariseos, que no estaban en el v.23:

Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que se estaba refiriendo *a ellos*” (v.45).

El plural “parábolas” se refiere a las dos anteriores, la primera de las cuales es la lectura dominical de hoy. La predicación de Jesús en el templo era efectivamente la de un profeta, como la misma gente había correctamente interpretado (v.46). La amenaza de muerte que señala el final del v.46 nos propone claramente el ejemplo de Jeremías, cuya predicación en la entrada del templo le ocasionó su prisión y juicio (Jeremías 7 y 26).

La pregunta que podemos hacernos es: ¿Cuál de los dos hijos representamos en nuestra relación con Dios?). La otra pregunta que cabe también es: ¿Cómo las autoridades religiosas reciben la palabra crítica de los profetas de hoy?

Las otras lecturas

Filipenses 2:1-13

La conexión de la exhortación de Pablo a los Filipenses con el pasaje del evangelio se debe probablemente a la idea final, en el v.13 (literariamente, el inicio de la siguiente sección, vv.13-18), donde los vocablos “obedecer” y “trabajar” nos acercan a la parábola de los dos hijos. Toda la perícopa, ciertamente, es un estímulo efusivo a la humildad al ejemplo de Cristo. La inclusión del célebre himno cristológico, prepaulino (vv.6-11) –centrado en una oposición entre Adán y Cristo– establece un paradigma inconfundible e inagotable. Leído esta vez en el marco litúrgico de la parábola del evangelio, permite una referencia hermenéutica a los mismos interlocutores de Jesús, que peleaban por la “autoridad” en el ámbito del templo.

Ezequiel 18:1-4

El breve pasaje del libro de Ezequiel –en parte paralelo con el cap. 33:10-20 (texto leído parcialmente en la liturgia del domingo 8 de este mes– nos enseña a no culpar a otros por lo que nos pasa. En relación con el evangelio de hoy, el hijo que no hace la voluntad de su padre no puede excusarse en otros por nada. Es responsable de sus acciones. Y el hijo que hace su voluntad, es el justo del que sigue hablando el texto profético (v.5).

Salmo 25:1-9

Esta oración recoge los sentimientos que fueron surgiendo en nuestros corazones en la medida que reflexionábamos sobre el evangelio y las otras lecturas. Ahora ya no es reflexión sino plegaria. Le decimos a Dios que nos muestre sus caminos, que nos guíe en su verdad. La actitud de quien ora con el salmista es la del hijo que *hace* la voluntad de su padre.